

mismo modo. Por consecuencia de esta falta de sinceridad, la vida social, que en teoría completa la vida individual y aumenta el bienestar de cada uno, se convierte en una fuente constante de tortura: cada vez que nos ponemos en contacto con nuestros semejantes, nos separamos de ellos llenos de fastidio, de disgusto, de envidia, de desprecio, de confusión, de burla, en una palabra, de las impresiones más desagradables y penosas.

Y sin embargo, nos condenamos voluntariamente a esos disgustos, y la mayor parte de los hombres de las clases llamadas superiores, se gastan completamente en vida mundana que saben que no puede proporcionarles ni placeres, ni estimulantes, ni fuerza moral. ¿Qué es lo que les impulsa a representar esta fatigosa e interminable comedia en la cual tienen que sonreír y ser amables con personas que les disgustan? Es el egoísmo que está en el fondo de todas las instituciones actuales. Aquel que quiere conquistar un puesto en la sociedad, corre a las fiestas y a las recepciones, las tertulias y a los saraos de familias, para contraer amistades que aspira a

convertir en protectoras, para conseguir un buen matrimonio, para adquirir gloria, para triunfar con más seguridad y más cómodamente, por las debilidades y defectos de los otros, más bien que por sus propios méritos. Otro que ya ha conquistado una situación, se condena a la fatiga y a los sacrificios pecuniarios para intrigar contra algunos compañeros o simplemente para mortificarles, para dar a los otros alta idea de su riqueza, de su prestigio, de su influencia, para reunir a su alrededor cortesanos, en una palabra, para satisfacer por todos los medios posibles su vanidad. En medio de los hombres, estas gentes de salón no ven sino una sola persona: la suya; en la conversación más animada, mientras parecen oír y prestarse a las ideas de los otros, olvidándose completamente de sí, no piensan sino en ellos mismos, no oyen sino a ellos mismos. Es así como el egoísmo viola las más inocentes relaciones de los hombres entre sí, y que todas las formas sociales creadas por el instinto de la solidaridad se convierten en mentiras.

MAX NORDAU

Por la libertad del niño

No me reconozco el derecho de consagrar de antemano el niño a mis convicciones, que yo no adopté sino en la plenitud de mi independencia y de mi razón. El niño no debe ser el pálido reflejo del hombre; el papel del padre no consiste en sobrevivirse, en perpetuarse, tal cual es, en su descendencia; el educador no debe tender a prolongarse en el educando, a sustituir su juicio al juicio de éste.

No es así como yo concibo el papel de «hermanos mayores» que somos.

Nuestra misión—la más elevada, la más noble, la más fecunda y también la más delicada de todas las misiones—consiste en proyectar en el cerebro obscuro del pequeñuelo las claridades que guían, hacer penetrar en su frágil voluntad las costumbres que vivifican,

hacer que descendan a su corazón los sentimientos que le conduzcan hacia lo que es justo y bueno.

El educador debe ser un ejemplo, un guía y un sostén; ni más, ni menos, si se quiere que el niño sea él mismo, que sus facultades se desarrollen y que, consiguientemente, resulte un ser fuerte, digno y libre.

Cada uno de nosotros estima que sus sentimientos son los más nobles, sus convicciones las más sanas, sus maneras de ver las más justificadas. Y es sin duda por esto por lo que cada uno de nosotros se cree autorizado a emplear todos los medios de que dispone para que el niño comparta y adopte sentimientos, convicciones y manera de ver.

Es una grave equivocación.